



## TEMA 8. Espiritualidad del momento presente

Vivir el momento presente es una forma de vivir que **no es exclusiva del cristianismo**. El sentido común nos dice que es la forma más adecuada de aprovechar la vida. Por eso, ya los antiguos latinos –paganos– tenían el adagio «*Age quod agis*» («**Haz lo que haces**»). El cristianismo tomó esta sabiduría humana y la bautizó. Vivir el momento presente es también una *espiritualidad* que nos ayuda a acercarnos a Dios y a santificarnos.

«*Haz lo que haces*», repetía a sus jóvenes con profundo realismo san Juan Bosco. Porque la vida no es más que el instante en que actualmente vivimos. El pasado ya no volverá, el futuro no sabemos si vendrá.

Por tanto, nuestro lema de conducta debería ser siempre vivir con plena intensidad el momento presente, **haciendo sólo lo que en cada momento es la voluntad de Dios**.

No siempre resulta fácil. Es necesario determinarse a **arrojar el pasado a la misericordia divina, encomendar el futuro a la confianza y centrarse en el presente con amor**, para gloria y servicio de Dios, a imitación de la Madre y Reina de la Paz.



### 1. La mejor manera de aprovechar bien la vida

Si vivimos bien el momento presente, nuestra vida alcanza el máximo rendimiento, pues la utilizamos para aquello para lo cual Dios nos la dio: para amarle y así alcanzar la vida eterna. Este fin de amor es imposible cumplirlo bien si no estamos *quietos*, si nos dejamos arrastrar con la imaginación al pasado o al futuro.

A un reloj se le pide que sus manecillas sean fieles a la cita. Deben encontrarse exactas en el sitio preciso. Tienen que marcar la hora. Aquí está la fidelidad del hombre a Dios. **Adhesión pronta a su voluntad, lealtad al momento presente, santidad en el detalle**. Siempre estamos *tentados de vivir otro instante* del que Dios quiere para nosotros entonces. Es preciso luchar contra esta tendencia.

El anciano vive de recuerdos, el joven de proyectos. El anciano se hunde en el pasado, el joven vive tenso hacia un mañana incierto que no sabe si llegará. Ambos son inconscientes, ilusos, desperdician el ahora, el hermoso día de hoy que Dios espera para volcarse y darnos sus gracias.

En cambio, es propio del hombre reflexivo vivir en la realidad, en el momento presente. **El segundo de tiempo que ahora atravesamos es el tesoro que Dios pone en nuestras manos para amar**, ganar el cielo. Es, pues, lo más útil que podemos poseer. Al mismo tiempo, es lo más precario, lo más fugaz. Se esfuma entre las manos: «*El tiempo tiene más de la nada que del ser, pues por su naturaleza es dejar de ser*» (san Agustín).

Este tesoro que es el tiempo se dilapida cuando no vivimos el momento presente, el “*haz lo que haces*”, dejándonos arrastrar hacia el pasado, que ya no volverá, o hacia el futuro, siempre tan problemático e incierto. En cambio, **viendo el momento presente, sacamos a la vida todo el partido posible**.

En una ocasión, Don Bosco preguntó a un grupo de muchachos que jugaban qué harían si supieran que les quedaba una hora de vida. Cada uno dio su respuesta: «Iría a la capilla», «iría a

despedirme de mis padres», «me disculparía con mi hermano...» El joven santo Domingo Savio contestó con sencillez: «Seguiría jugando». «¿Y por qué?» «Porque eso es lo que Dios quiere que haga en este momento». Toda una lección de vida.

«*Lo que hagáis, hacedlo con toda el alma, como para servir a Dios y no a los hombres*» (Col 3, 23), nos dice san Pablo.

### 2. La única manera de tener paz.

Nuestra **imaginación** y nuestra **sensibilidad** se alían para sacarnos del momento presente. Son el «binomio incandescente», como las llamaba el P. Morales, peligrosísimo para nuestra vida espiritual. La imaginación nos lleva a situaciones pasadas y nos hace entretenernos pensando cómo hubieran sido las cosas de haber actuado de otro modo; nos hace imaginar situaciones futuras irreales, que a menudo nos dan temor, nos acobardan o nos hunden en la sensibilidad. Imaginación y sensibilidad nos sumergen en la inacción o bien nos turban y nos quitan la paz.

**¡Qué santidad alcanzaríamos viviendo sólo el momento presente!** La gente se

dice incapaz de vivirlo porque ataca la pereza y no quiere luchar. La consecuencia es clara: esclavitud de la imaginación y del sentimiento porque falta la libertad necesaria para encerrarse en el momento presente y así tocar la felicidad e inundarse de paz.

Hay que aprender a aparcar en el momento presente. Sólo ahí te sitúas en órbita. Fuera, en el barullo de la circulación, en la estéril y loca agitación sentimental o imaginativa, estás desplazado. Sé roca, no corcho. No te muevas. Mantente firme en el flujo y reflujo de la marea.

Vivir momento presente es también una formidable defensa en medio de las tentaciones de todo tipo. **Ignacio de Loyola**, recién convertido, se entrega a austeridades y penitencias. El demonio le tienta: «Le vino un pensamiento recio que le molestó, representándosele la dificultad de su vida, como si le dijeran dentro del alma: “¿Y cómo podrás tu sufrir esta vida setenta años que has de vivir?” Mas a esto le respondió también interiormente con grande fuerza...: “¡Oh miserable! ¿Me puedes tú prometer una hora de vida?”».

### 3. Fuente de fecundidad apostólica

Nuestro *apostolado*, permaneciendo unidos a Dios al vivir el momento presente, es *fecundo*. Nadie tuvo corazón tan grande como Jesucristo. Sin embargo, su actividad en la tierra se limitó al “*haz lo que haces*”. Se ocultó en Nazaret. En su vida pública no salió de Galilea, Judea y Samaría, que ni aun juntas formaban un país muy grande. El Mediterráneo no estaba lejos. El Evangelio no nos dice que bajara hasta él. *Es que en vez de soñar su obra la realizaba*. En lugar de pensar, cuando trabajaba en aldeas como Nazaret, Naín o Caná, «es demasiado poco para mí», decía **«aquí está mi obra y mi puesto»**. Hay que ser realistas. Hay que saber ESTAR donde se debe estar, a imitación de la Madre y Reina de la paz.

**La actitud de la Virgen ante la Cruz se cifra en una sola palabra: STABAT**. En un espacio pequeño, en una ocupación insignificante, un alma grande encuentra dónde desplegarse. En vez de dilatarse en amplitud, se sumerge en profundidad.

No hay que cruzar el mundo para hacer apostolado. Basta **trabajar donde Él nos coloca, llenando de amor la obligación de cada instante.**

La vida se compone de momentos presentes, misteriosos ojos de un puente frágil que une las riberas del tiempo y de la eternidad, del nacer y del morir. **Atravesar cada uno de esos ojos mirando al Amor**, atento a sus llamadas, es el secreto de la santidad, de la fecundidad apostólica.

«Cada segundo viene a nosotros cargado de una invitación de Dios, y cada segundo se hunde en la eternidad cargado de nuestra respuesta», decía san Francisco de Sales.

Nuestra vida debe ser construida a base de pequeños instantes. Cuando contemplas el horizonte te parece que se juntan, allá lejos, cielo y tierra. Es una ilusión. Pero **en el momento presente sí que se encuentran Dios y el hombre.** Se tocan el todo y la nada. Esto sí es realidad, la única gran realidad en un mundo que pasa.

Entre la eternidad –inmenso Amor deseoso de comunicarse– y el hombre –pequeñez microscópica flotando en la nada–, el único punto de contacto es el **momento presente.** Es como el ojo de la aguja, por donde el hombre puede recibir todo lo que Dios quiere darle y devolverle todo lo que Él espera. «Si llenas el minuto inolvidable y cierto, de 60 segundos que te llevan al cielo, todo lo de esta tierra será de tu dominio, y mucho más aún: serás hombre, hijo mío» (Rudyard Kipling).

#### 4. Garantiza el amor a Dios en cada segundo

**Vivir el momento presente además nos garantiza poder amar a Dios permanente,** porque es el medio de contemplarle y sentirle, el único orificio por el cual le divisamos dentro y fuera de nosotros. Si nos movemos con el recuerdo o la imaginación, desplazándonos hacia el pasado o hacia el futuro, perdemos la visión de Dios. Nuestros deseos de santidad serán ilusorios, si no vivimos *siempre y sólo* el momento actual.

Para prevenir este engaño recurramos cada día a la Virgen. Digámosle: «Madre, para que pueda llegar a amar a Dios por encima de todo, concédeme hoy la ocasión y la gracia de amarle por encima de algo».

Para ello es importante vigilar al iniciar, realizar y acabar cada ocupación del día. Emprende «**el trabajo sin vehemencia ni prisa y continúa con indiferencia**». Esa ocupación o esa responsabilidad concreta que debes desempeñar es el juguete que Jesús te da para entretenerte hasta que venga. Acáballo sin precipitación, pues sabes que después de él vendrá otro.

Para calmar la impaciente actividad repite a menudo: «**Mientras esté aquí por voluntad de Dios, no estoy obligado a hallarme en otro sitio**» (Schrijvers). Así, en plena posesión de ti mismo, te dedicarás a las sucesivas ocupaciones del día con corazón desprendido. Esta libertad interior te permite emprenderlo todo con generosidad y atención, multiplica tu eficacia, no te fatigas.

Santa Teresita quiere combatir en su hermana Genoveva el deseo de hacer demasiado bien las cosas: «No has venido aquí para trabajar a destajo, ni para lograr éxitos. Los israelitas levantaron los muros de Jerusalén trabajando con una mano y defendiéndose con la otra. Así debemos hacer: trabajar con una mano y defendernos con la otra de la disipación, que impide unirse a Dios».

#### El ejemplo del Buen Ladrón

Hay que guardar un punto difícil de equilibrio inestable entre dos extremos: ni demasiado entusiasmo que impide la presencia de Dios, ni demasiada apatía que también la oculta. Hay que imitar al buen ladrón: va a morir y no mira a su vida pasada más que para apartar con dolor sus ojos de ella.

Tampoco mira al futuro, ya no lo tenía. **Se abraza con su doloroso momento presente. Lo ofrece en satisfacción de sus pecados. Responde a la gracia actual.** Pide a Jesús que se acuerde de Él cuando esté en su Reino. Consecuencia: justificación inmediata y puertas del Cielo que se abren.

#### 5. Hacer “eso poquito”

Vivir el momento presente es «**hacer ese poquito**» (Santa Teresa), que yo puedo para ayudar a la Iglesia, al mundo. Así lo vivía la gran santa. Su actitud, la única postura lógica, hoy y siempre, ante un mundo casi ateo.

«En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Diome gran fatiga y, como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían.

Y, como me vi mujer y ruin e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aun es, que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos, **determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese,** y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por Él se determina dejarlo todo; y que, siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tendrían fuerza mis faltas y podría yo contentar en algo al Señor; y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores y que no tuviese adonde reclinar la cabeza» (Camino de perfección, cap. 1).

**Vivir el ahora, es “hacer eso poquito que hay en mí...”, vivir las virtudes evangélicas con la mayor perfección posible, ser fieles a la oración...”**

El momento presente vivido con fidelidad, repercute infalible y seguro en toda la Iglesia. Tiene influencia cósmica, universal, para ayudar a las almas a triunfar de sus enemigos.

#### 6. Antídoto contra el activismo

El **espíritu de abandono a la voluntad de Dios** es lo más esencial en la santificación del momento presente. Entendemos por espíritu de abandono esa *disposición permanente* del alma, por la cual se prohíbe a sí misma toda intervención en la voluntad de Dios sobre ella. Sin esta disposición permanente, no es posible la santificación del momento presente, porque nuestra actividad sería *inmoderada*. Caeremos en la inquietud, en la precipitación, pasaremos la medida de nuestras fuerzas, vendrá la preocupación, el recargo de trabajo, en una palabra, nuestra actividad dejará de ser actividad para ser *activismo*.

«El cumplimiento, momento a momento, de la voluntad de Dios es la exacta idea teológica del tiempo y de su duración. Si nos apartamos de esa realidad, caemos fuera de Dios, en la nada, en la inquietud, en el puro no poder. Si a la voluntad de Dios le oponemos la propia voluntad, ya no nos queda garantía alguna de que permanecemos en la verdad... En el total cumplimiento de la voluntad de Dios, la responsabilidad recae toda sobre Dios...»

Santa Teresita del Niño Jesús, que recibió para los demás tantos dones de conocimiento de las almas, de presentimiento e iluminación, **no tiene para sí misma más brújula que el momento presente.** Éste es el que le permite alcanzar la medida máxima de la entrega confiada...» (Hans Urs von Balthasar).